

Revisión crítica de un valioso aporte

Gordon Childe y la arqueología marxista

Neil Faulkner

Es sabido que la contribución del pensamiento marxista a la historia y las ciencias sociales es inmensa. En una de esas disciplinas habitualmente poco transitada entre nosotros, la arqueología, se destaca la obra del socialista británico Vere Gordon Childe. Presentamos un interesante trabajo publicado en la edición 116 de International Socialism, órgano de la corriente homónima, en el que se propone una recepción crítica de ese acervo desde un ángulo marxista revolucionario. La traducción es de Marcelo Yunes.

A caso no sea accidental que Vere Gordon Childe (1892-1957), quizá el Arqueólogo más grande del siglo XX, se suicidara menos de un año después de la revolución húngara de 1956.¹ Porque Childe no era sólo un prestigioso académico de prehistoria y teoría social, sino que también, a lo largo de su vida adulta, fue un socialista activo y comprometido, pero que mantuvo ilusiones en el stalinismo hasta el final.

Childe fue muy influenciado por el marxismo tanto como académico como en cuanto activista. El irresistible ímpetu interpretativo de sus grandes relatos sobre la prehistoria y la Antigüedad están arraigadas en su enfoque materialista. Fue esto lo que convirtió a *El hombre se hace a sí mismo* (1936) y *Lo que sucedió en la historia* (1942) –dos síntesis populares que trazan un mapa de la historia de Europa y Cercano Oriente desde la Edad de Piedra hasta la caída del Imperio Romano– en probablemente los libros de arqueología más leídos que se hayan escrito. Por otra parte, las limitaciones y contradicciones en la visión de Childe sobre el pasado, aunque pueden explicarse en parte por la insuficiencia de los datos de que disponía, eran en su mayoría consecuencia de la versión bastante reseca del marxismo a la cual adhería.

El 50º aniversario de la muerte de Childe es una buena oportunidad para una evaluación crítica de su obra. Las interpretaciones marxistas de la historia se encuentran bajo un ataque sostenido. Los “pensadores” posmodernos niegan la capacidad de los seres humanos de entender, controlar y mejorar su mundo mediante el conocimiento, la ciencia y la razón. Los historiadores revi-

¹ Agradezco a Peter Gatercole, David Harris y Steve Roskams, que leyeron un borrador de este artículo e hicieron útiles comentarios críticos.

sionistas redescubren las virtudes de los imperios y de las guerras imperialistas. Se trata de ecos académicos de un nuevo mundo dominado por señores de la guerra imperiales, especuladores de las corporaciones e ideólogos neoliberales. Childe, en cambio, creía en la ciencia, en el progreso y en cambios radicales. Al volver a él hoy hallamos ricas fuentes de inspiración.

No es éste el lugar para exponer el gran relato de Childe. *El hombre se hace a sí mismo* y *Lo que sucedió en la historia*, aunque defectuosas en lo empírico y en lo teórico, siguen siendo introducciones excelentes y muy accesibles a la prehistoria y la Antigüedad. Además, puede hallarse un breve resumen incluyendo algunas correcciones útiles y que recurre a evidencias más recientes en *A People's History of the World*, de Chris Harman.² Nuestro objetivo aquí es triple: primero, identificar los temas clave de la interpretación de la historia en Childe y explicar su importancia para la comprensión del pasado; segundo, ubicar las ideas de Childe en el contexto de su propio compromiso en la lucha por el socialismo, e investigar la forma en que su visión política a la vez hizo avanzar y limitó esa comprensión, y tercero, proponer algunas vías en las cuales un marxismo revolucionario auténtico nos permita ir más allá de Childe y desarrollar una comprensión más abarcadora de "lo que sucedió en la historia".

UNA ÉPOCA DE GUERRAS Y REVOLUCIONES

Childe tuvo dos cargos académicos sucesivos en arqueología. Primero, el de Profesor Abercrombie de Arqueología en la Universidad de Edimburgo (1927-1946), y luego el de director del Instituto de Arqueología en Londres (1946-1956). Cuando fue designado a la cátedra de Edimburgo ya tenía 35 años, y hacía sólo cinco años que se había dedicado finalmente a la arqueología. Entre 1917 y 1922, a pesar de sus destacados logros universitarios, Childe se había embarcado de hecho en una carrera política en el laborismo, y había por tanto pasado los primeros años de su adultez inmerso en el fermento de las luchas y las ideas que siguieron a la Primera Guerra Mundial.

Childe había nacido en el seno de una familia conservadora de clase media en Sydney, Australia, pero había recibido la influencia de las ideas radicales mientras estudiaba en la Universidad de Sydney, donde se recibió con diploma de honor en latín, griego y filosofía. Ganó luego una beca para Oxford, donde estudió arqueología clásica entre 1914 y 1917, y estuvo muy involucrado en el movimiento antiguerra allí. Para su regreso a Australia, Childe era un firme "socialista gremial" (Guild Socialist), y se hallaba políticamente cerca de G.D.H. Cole.³

² Harman, 1999, pp. 3-100.

³ El socialismo gremial fue una forma de socialismo utópico libertario especialmente asociado con el historiador, economista y teórico de Oxford G.D.H. Cole. Proponía una democracia participativa descentralizada basada en los lugares de trabajo y las comunidades, pero carecía de una verdadera teoría del Estado capitalista o de los procesos revolucionarios. Cole fue un miembro prominente de la Sociedad Fabiana y un firme defensor del movimiento cooperativo.

Australia, en 1917, era el único lugar del mundo en haber tenido gobiernos laboristas electos. El movimiento sindical era importante, militante y muy influenciado por las ideas sindicalistas sobre el control obrero. Por un lado, había un fuerte lazo orgánico entre el Partido Laborista y los sindicatos; por el otro, la organización Industrial Workers of the World (IWW), los “wobblies”, hacía agitación a favor de un “Gran Sindicato Único” (One Big Union-OBU) y de la acción directa para un cambio efectivo. Ese pujante movimiento obrero era el sostén de una fuerte *intelligentsia* radical—el medio social de Childe— que veía a Australia como un “laboratorio social”.

La guerra había polarizado a la sociedad. Sobre una población de cinco millones, más de 400.000 se habían presentado como voluntarios para ir a las trincheras, y de ellos casi la mitad resultaron en bajas. A pesar de esto, el gobierno laborista había propuesto la conscripción, que fue derrotada en el referéndum de octubre de 1916. El primer ministro laborista Billy Hughes dividió entonces su propio partido y se unió a los liberales para formar el Partido Nacional, que ganó la elección de mayo de 1917 pero perdió un nuevo referéndum sobre la conscripción en diciembre de ese año.

El gobierno de Hughes reaccionó histéricamente a toda forma de disenso. En junio de 1916, Childe era secretario asistente de la recién formada Unión Australiana de Control Democrático para Evitar la Guerra, y era uno de los muchos radicales a los que espiaba sistemáticamente la inteligencia militar australiana.⁴ También integró las listas negras de “la aristocracia fosilizada que integraba el gobierno de la Universidad de Sydney”.⁵ Tras participar en una conferencia radical por la paz en la Pascua de 1918—cuya declaración oficial sostenía que “sólo mediante la abolición del sistema capitalista puede asegurarse la justicia y pueden eliminarse de manera permanente las causas de las disputas internacionales”—,⁶ Childe fue obligado a renunciar a un nuevo cargo universitario, y vio bloqueada su postulación para una tutoría en la Workers’ Educational Association (Asociación Educativa de los Trabajadores). Más tarde fue acosado por marchas proguerra organizadas por la prensa local hasta que tuvo que dejar su cargo en una escuela secundaria, y terminó como empleado administrativo del gobierno local. Pagó un alto precio por sus posiciones políticas.

Fue rescatado de esta situación por su designación, en agosto de 1919, para el primero de una serie de puestos con John Storey, a la sazón dirigente de la oposición laborista en Nueva Gales del Sur y, desde abril de 1920, premier de ese estado. Durante casi tres años, Gordon Childe—activista antiguerra, defensor del control obrero y amigo de los “wobblies”— se encontró en el centro de una administración reformista. El resultado fue el primer libro de Childe: *How Labour Governs: A Study of Workers’ Representation in Australia* (Cómo gobierna el laborismo: un estudio sobre la representación de los trabajadores en Australia), publicado en 1923.

⁴ Mulvaney, 1994, p. 58.

⁵ Evans, 1995, p. 2.

⁶ Green, 1981, pp. 27-31.

La postura política de Childe en esta época era una mezcla centrista de socialismo gremial, “gran sindicalismo”, laborismo y hasta bolchevismo (describía a los “wobblies” como “prefiguración de la dictadura del proletariado de los bolcheviques”).⁷ Los centristas son activistas que van desde el reformismo hacia el socialismo revolucionario en períodos de radicalización, conservando elementos de ambos en su concepción y actividad. Si la lucha de clases avanza, muchos se convierten en revolucionarios. Si retrocede, la mayoría recae en el reformismo o en la inactividad. Después de 1921, la militancia y las expectativas revolucionarias de la clase trabajadora estaban en reflujo –tanto en Australia como en el resto del globo–, y Childe, además, había estado trabajando en altos niveles de gobierno, donde las presiones para acomodarse al sistema eran particularmente intensas. Pero en vez de retroceder desde posiciones radicales, Childe llevó a cabo una crítica devastadora, y en ese momento sumamente original, de la práctica reformista.

Anunciando desde el comienzo que “la organización actual de la sociedad implica algún tipo de explotación y esclavización de los trabajadores”⁸, Childe se propuso describir la lamentable trayectoria de “ratting” (expresión australiana por “venderse”) que había caracterizado a los 20 años anteriores de la historia del laborismo australiano. Atacó tanto a políticos reformistas como a funcionarios sindicales con toda la furia de un activista desilusionado. Se enfocó especialmente en el modo en que la hostilidad hacia los “wobblies” había sacado a la luz lo vacío que era el radicalismo laborista. Pero su análisis era limitado: para él, el “ratting” era simplemente una cuestión de “oportunismo egoísta y cobarde” y una pelea de rapiña por “prebendas políticas”, y las conclusiones eran pesimistas.⁹ Inclusive, lanzó sombrías predicciones sobre la inminente corrupción política de los “wobblies”:

“Aunque el Gran Sindicato Único (One Big Union) pueda hacerse realidad, tendrá que sacrificar su idealismo revolucionario, y degenerará en ese estado de mecanismo sin alma que parece sobrevenirle a todos los activistas laboristas a la hora de su triunfo aparente. Así como el Partido Laborista, que comenzó con un grupo de socialistas, degeneró en una vasta máquina de captura del poder político pero sin saber cómo usarlo más que en beneficio de algunos individuos, del mismo modo el Gran Sindicato Único se convertirá, con toda probabilidad, en sólo un aparato gigantesco para la glorificación de algunos dirigentes. Tal es la historia de todas las organizaciones del laborismo en Australia, y no porque sean australianas, sino porque son laboristas”.¹⁰

Childe había seguido siendo socialista, pero no se había convertido en un revolucionario. No había captado la centralidad de la clase trabajadora y su potencial para derribar al estado capitalista existente y reemplazarlo con un sistema de poder democrático basado en consejos obreros forjados en el proce-

⁷ Maddock, 1995, p. 111.

⁸ Childe, 1964, p. xi.

⁹ Childe, 1964, pp. 55 y 169.

¹⁰ Childe, 1964, pp. 180-181.

so revolucionario, una de las lecciones básicas de la revolución bolchevique. Sin esta visión, no podía ver un camino de salida ni entender que el “ratting” no era simplemente una cuestión de falencia moral, sino algo estructurado por la forma en que los partidos laboristas y las burocracias sindicales, bajo el capitalismo, eran mediadores del conflicto dentro del sistema antes que instrumentos para su derrocamiento revolucionario. Childe no capituló, pero quedó atrapado en un impasse político por las contradicciones de su centrismo.

Estaba en Londres cuando se enteró de que había perdido su puesto, en abril de 1922, tras la derrota electoral del laborismo en Australia. Childe decidió quedarse, y poco después, si bien aún se hallaba políticamente activo, se dedicó a la prehistoria. Las visiones del pasado que habría de recrear estarían ricamente coloreadas por sus experiencias como luchador político en la gran época de guerras y revoluciones de 1914 a 1921.

EL MAPA DE LA EUROPA PREHISTÓRICA

Childe se autoimpuso la tarea convencional pero ambiciosa de explicar “la fundación de la civilización europea en tanto manifestación peculiar e individual del espíritu humano”.¹¹ Esto implicaba la creación de una grandiosa síntesis del conocimiento arqueológico disponible entonces sobre las culturas prehistóricas europeas. El término “cultura” tiene un sentido específico en arqueología. Se refiere a la aparición en el registro arqueológico de colecciones o recopilaciones uniformes de material en puntos específicos en el tiempo y el espacio. O, como lo establece Childe, “ciertos tipos de restos –vasijas, utensilios, adornos, ritos funerarios, formas de vivienda– que aparecen juntos de manera constante”.¹² Por lo general se asume que estos conjuntos materiales representan a grupos sociales separados del pasado: tribus, pueblos e incluso, a veces, “razas”.

Childe estaba convencido de que las raíces de la civilización europea estaban en las civilizaciones del Cercano Oriente de Egipto y Mesopotamia, y que las ideas se habían transmitido desde allí por el valle del Danubio y no vía el Mediterráneo. En consecuencia, viajó por todo el sudeste europeo –aprovechando la pobreza causada por la tremenda inflación de posguerra– estudiando colecciones de museos, visitando sitios arqueológicos, entrevistando a arqueólogos locales, leyendo informes especializados, tomando notas y trazando esquemas. Lo ayudaron dos cosas: su fenomenal memoria visual, que le permitía establecer lazos entre materiales muy dispersos, y la rápida adquisición del conocimiento necesario para leer oscuras lenguas europeas.

Publicó en rápida sucesión cinco libros,¹³ que equivalían en conjunto a un panorama comprehensivo del conocimiento vigente de la prehistoria europea

11 Childe, 1957, p. xiii.

12 Childe, 1929, pp. v-vi.

13 Esos libros fueron: *The Dawn of European Civilisation* (1925), *The Aryans* (1926), *The Most Ancient East: The Oriental Prelude to European Prehistory* (1928), *The Danube in Prehistory* (1929) y *The Bronze Age* (1930).

y su integración con las secuencias cronológicas ya establecidas para las civilizaciones del Cercano Oriente. El impacto fue inmenso. La publicación de su primer libro, *El nacimiento de la civilización europea*, le garantizó a Childe su cátedra en Edimburgo, y fue luego calificado por el eminente arqueólogo británico Glyn Daniel como “un nuevo punto de partida para la arqueología prehistórica”.¹⁴

Pero Childe se había adentrado en aguas peligrosas. Cuando comenzó su trabajo, la arqueología se desarrollaba a lo largo de dos líneas paralelas. Algunos especialistas seguían interesados sobre todo en las secuencias cronológicas y en lo que veían como la evolución progresiva de la sociedad humana en su conjunto; otros, influenciados por el nacionalismo y el racismo predominantes en Europa en el apogeo del Imperio, buscaban los rastros culturales de razas dominantes putativas. Mientras que el primer libro de Childe, *El nacimiento...*, había trazado un mapa de la difusión de material cultural desde Egipto y Mesopotamia hacia Europa, el segundo, *Los arios*, concebido como estudio complementario, intentaba mostrar de qué manera los beneficios de este proceso habían madurado gracias a un grupo específico de colonos “arios” en Europa. Los arios se definían en lo lingüístico como hablantes de una lengua indo-europea primigenia, de la cual derivaron la mayoría de las modernas lenguas europeas. Se hacían ingentes esfuerzos para detectar sus registros arqueológicos, especialmente en Alemania, donde Gustav Kossinna estaba intentando demostrar la “pureza” –y, por ende, “superioridad”– indo-europea de los alemanes.¹⁵

Los conjuntos materiales (culturas en el sentido arqueológico) se suelen equiparar con los grupos sociales del pasado (culturas en el sentido sociológico). Esta equiparación genera muchos problemas. Las culturas son difíciles de definir, las identidades culturales se entremezclan y las formas culturales son cambiantes y dinámicas. Divisiones sociales importantes quedan con frecuencia oscurecidas por la uniformidad cultural y, a la inversa, relaciones importantes pueden ser transversales a las diferencias culturales. No obstante, la relación entre los conjuntos materiales y los grupos sociales es una hipótesis de trabajo razonable y necesaria en la investigación arqueológica. Sin ella, y dado que la arqueología es el estudio del pasado a través de restos materiales, apenas se podría progresar en algún sentido. Pero establecer una igualdad entre conjuntos materiales y “razas” es una cuestión completamente diferente.

Childe era ambiguo respecto del concepto de raza en *Los arios*. Por un lado, “el tesoro más duradero legado por los arios a los pueblos conquistados no fue ni una cultura material más elevada ni superiores condiciones físicas, sino (...) una lengua mejor y la mentalidad que ésta generaba”. Por el otro, “el hecho de que los primeros arios fueran nórdicos no fue de menor importancia. Las cualidades físicas de ese tipo racial les permitieron, por el simple hecho de su mayor fuerza, conquistar pueblos más avanzados e imponer su lengua en

¹⁴ Daniel, 1975, p. 247.

¹⁵ Trigger, 1980, pp. 25-26.

zonas en las que su tipo corporal había desaparecido casi por completo. Tal es la verdad que subyace bajo los panegíricos de los germanistas: la superioridad física de los nórdicos les permitió ser los vehículos de una lengua superior".¹⁶

En 1933 Adolf Hitler pasó a ser canciller de Alemania. Su misión era representar nuevamente la fantasía racial de la superioridad aria. Kossinna fue el arqueólogo predilecto de los nazis.

Childe retrocedió horrorizado. De hecho, abjuró de su propio libro: *Los arios* nunca fue actualizado, apenas se refirió a él en lo sucesivo y su tesis central –que la lengua y las características étnicas podían servir para explicar el desarrollo cultural– fue completamente abandonada.¹⁷ Tan comprometido en los 30 con la lucha contra el fascismo como lo había estado contra la guerra imperialista en 1914-1918, Childe desechó sin más un paradigma explicativo que se había hecho central en la arqueología europea. De allí en más, el desarrollo cultural debía explicarse no por el movimiento de los pueblos, sino por el crecimiento y la distribución del conocimiento.

UN MAPA DEL DESARROLLO SOCIAL

En la segunda etapa de su carrera académica, a la vez que no abandonó la "historia de la cultura", Childe se centró en el empleo de los restos arqueológicos para trazar un mapa de la evolución progresiva de las sociedades humanas a través del tiempo. Estaba fuertemente influenciado por el esquema evolucionista planteado por primera vez por el antropólogo estadounidense del siglo XIX Lewis Morgan, luego adoptado y desarrollado por Friedrich Engels en su texto *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* (1884). Engels había propuesto una progresión determinada económicamente desde el "salvajismo" de cazadores y recolectores, a través de la "barbarie" de sociedades agrícolas, hasta la "civilización" urbana de Egipto, Mesopotamia, Grecia y Roma. Childe construyó una versión sumamente elaborada y muy modificada de este esquema, que presentó en una serie de publicaciones que marcaron hitos entre 1934 y 1946.¹⁸ Algunas de ellas eran grandes síntesis; otras, detallados estudios de caso que reflejaban su conocimiento especial de material del norte de Gran Bretaña mientras estuvo a cargo de la cátedra de Edimburgo.

El esquema de Morgan-Engels se había adoptado en la Unión Soviética, que Childe visitó por primera vez en 1935. Allí conoció a arqueólogos soviéticos, se familiarizó con su material y fue influido por el marco teórico que éstos utilizaban para organizar sus datos. Fue en esta época que Childe –en una reacción similar a la de muchos activistas de izquierda contra la miseria de la Gran

¹⁶ Childe, 1926, pp. 211-212.

¹⁷ Trigger, 1980, p. 52.

¹⁸ Fueron los siguientes: *New Light on the Most Ancient East: The Oriental Prelude to European Prehistory* (1934), *The Prehistory of Scotland* (1935), *Man Makes Himself* (1936), *Prehistoric Communities of the British Isles* (1940), *What Happened in History* (1942) y *Scotland Before the Scots* (1946). Los volúmenes sobre la prehistoria británica eran esencialmente detallados estudios histórico-culturales, pero reflejaban también el nuevo interés de Childe en la evolución social.

Depresión y el ascenso del fascismo— se hizo simpatizante del stalinismo. Aunque nunca ingresó al Partido Comunista británico, era un lector regular de su periódico, el *Daily Worker*, habló con frecuencia en actos partidarios, asistió a reuniones del Grupo de Historiadores del Partido Comunista y fue un connotado defensor de la amistad y el contacto cultural con la Unión Soviética. En suma, fue de manera pública y orgullosa, en las dos décadas que siguieron, lo que se conoce comúnmente como “camarada de ruta”.

Sin embargo, la relación nunca fue sencilla. Childe introdujo varios matices importantes pero “no ortodoxos” al esquema de Morgan-Engels. Primero, rechazó con firmeza la idea de evolución social humana como una progresión ascendente gradual y tranquila, y planteó dos cortes revolucionarios en esa secuencia, comparables en cuanto a su significación a la Revolución Industrial que había dado origen al capitalismo moderno. Uno era la Revolución Neolítica, que marcó la transición de la caza y la recolección a una existencia basada en el cultivo y el pastoreo; el otro, la Revolución Urbana, que marcó la transición siguiente a la “civilización” basada en las ciudades. Esto implicaba que a largos períodos de estancamiento relativo podían suceder repentinos saltos hacia adelante. Una acumulación de innovaciones —“la metalurgia, la rueda, el carro tirado por bueyes, el tiro de asnos y la navegación a vela”, en el caso de la Revolución Urbana en Mesopotamia, por ejemplo— podía servir de base a un súbito avance “revolucionario” hacia un nuevo y más alto estadio de la sociedad.¹⁹

En segundo lugar, Childe negó que la evolución progresiva fuera inevitable, e insistió en que las sociedades humanas eran esencialmente conservadoras, y que requerían un choque externo a fin de innovar y avanzar. El cambio climático, la desecación de cursos de agua y el descenso de la provisión natural de alimento, por ejemplo, se emplearon para explicar la Revolución Neolítica, y los “revolucionarios” no fueron los cazadores más avanzados, sino “grupos más simples que habían creado culturas menos brillantes y menos especializadas en el sur”.²⁰

En tercer lugar, si la evolución social estaba sujeta a marcados flujos y reflujos, Childe sostuvo que esto podía explicarse por “contradicciones externas e internas” que podían bloquear el progreso e incluso llevar a la regresión. Las sociedades de la Era de Bronce, por ejemplo, habían debido enfrentar el obstáculo de que el cobre y el estaño, las materias primas básicas de su metalurgia, sólo estaban disponibles en provisión limitada (contradicción externa). Por otro lado, Childe atribuyó la falta de innovaciones tecnológicas entre el 2600 AC y el 600 AC al conservadurismo, misticismo y despilfarro de una clase dominante de sacerdotes y escribas burócratas en las ciudades de Mesopotamia (contradicción interna).²¹

Finalmente, debido a la interacción compleja de ambiente, tradición, innovación y “contradicción”, no existía una única secuencia uniforme del de-

¹⁹ Childe, 1942, p. 89.

²⁰ Childe, 1942, p. 48.

²¹ Trigger, 1980, pp. 108-109.

sarrollo social. A largo plazo, era posible detectar un patrón de conocimiento acumulativo, incremento en la productividad y estadios sucesivamente más elevados del desarrollo social. Pero en este marco, cada sociedad tenía su propia trayectoria y sus propias características distintivas; esto es, su propia historia. Esta comprensión, en verdad, era esencial al proyecto de Childe –entender el surgimiento de la civilización europea–, dado que Europa había adoptado las innovaciones del Cercano Oriente y luego había dado un salto. Como Europa estaba menos sujeta a sacerdotes y burócratas, argumentaba, sus trabajadores tenían libertad para descubrir todo el potencial de las nuevas tecnologías: “Las sociedades europeas nunca fueron receptoras pasivas de aportes orientales, sino que desplegaron más originalidad e inventiva para desarrollar las invenciones de Oriente que los herederos más directos de los inventores en Egipto y Asia. Esto es aún más obvio en la Era de Bronce en la Europa templada. En Cercano Oriente, muchos trabajos en metal permanecieron sin cambios por dos mil años, mientras que en la Europa templada se dio una evolución extraordinariamente brusca de armas y herramientas, y se multiplicaron los tipos de trabajo en la cuarta parte de ese tiempo”.²²

La visión de Childe era la de una economía global en la que las sociedades se entremezclaban en redes de comunicación a través de las cuales se difundían y generalizaban las nuevas ideas, de manera tal que si la innovación quedaba bloqueada en cierto lugar, podía avanzar en otro, y la humanidad en su conjunto avanzaba. En términos arqueológicos, Childe el “evolucionista” siguió siendo Childe el “difusionista”.

El concepto de difusión siempre había sido central en su visión del pasado. Su punto de partida había sido la difusión de ideas desde Cercano Oriente a Europa a lo largo del valle del Danubio. Ese concepto se convertía ahora en la avanzada de su respuesta a la arqueología racista de los nazis. Pero, a la vez, le generó contradicciones con la ortodoxia stalinista.

LA DIFUSIÓN DE LA CULTURA

En 1933, Childe dio una serie de conferencias y publicó dos artículos atacando el abuso de los nazis del concepto arqueológico de cultura. En el pasado prehistórico tanto como en el presente, la cultura era independiente de la raza física, y no era una cuestión de herencia biológica sino de tradición social. Ignorar este hecho, o más bien emplear de manera descuidada la palabra “raza” –en tanto teñida de teoría biológica– en relación con grupos prehistóricos caracterizados por una cultura en particular, llevaba naturalmente a reforzar la falsa analogía entre el hombre y las aves de corral que hizo extraviar a los “higienistas raciales” y a sus intérpretes políticos. Si reemplazamos la palabra “raza”, en este contexto, por “pueblo”, es más fácil evitar estas confusiones.²³

²² Childe, 1957, pp. 342-343.

²³ Childe, 1933, p. 417.

Pero el arma decisiva en su coraza antifascista era el concepto de difusión para explicar el desarrollo cultural.

El evolucionismo y el difusionismo se han contrapuesto a menudo de manera aguda en arqueología. Pero no hay necesidad de esto. Childe combinaba ambos: creía que las sociedades evolucionaban a su modo, pero que estaban fuertemente influenciadas por la difusión de ideas foráneas. Esto parece tan obviamente correcto que es difícil comprender cómo académicos serios pueden ofrecer contraargumentos. Ni el difusionismo extremo (la idea de que todas las innovaciones fluyen desde un solo centro iluminado hacia una periferia que de otro modo estaría en plena oscuridad) ni el evolucionismo extremo (la idea de que cada sociedad constituye una unidad completa, integrada y autocontenida, que se desarrolla de manera independiente) generan la menor convicción. Estas observaciones tan simples, sin embargo, condenan irrevocablemente las fantasías arqueológicas de imperialistas, nacionalistas y racistas. Childe siempre fue consciente de esto. *Los arios*, a pesar de algunos pasajes poco felices, no era en general un texto racista, como explica el historiador del pensamiento arqueológico Bruce Trigger: “Al universalizar este concepto [de heterogeneidad cultural, Childe] buscaba refutar el argumento de Kossinna de que la grandeza alemana se derivaba de su pureza racial y cultural. Childe se explayó sobre los beneficios acumulados de la inmigración, el comercio y otras formas de contacto cultural, y sostuvo que la mezcla de pueblos con distintas culturas incrementaba el conjunto de ideas disponibles en una región y alentaba el progreso al cuestionar las maneras establecidas de proceder”.²⁴

Pero no era ésta la visión de los arqueólogos soviéticos. En tanto Childe desarrollaba su “difusionismo moderado” con creciente fuerza y confianza a lo largo de los años 30 –percibiendo claramente que se trataba de un argumento contra el fascismo–, los arqueólogos soviéticos adherían a una forma extrema de evolucionismo: “A los arqueólogos se les exigía que abandonaran la idea de que la cultura material se desarrolla en virtud de alguna lógica interna, y por ende independientemente de la sociedad. En cambio, se asumía que las tecnologías se desarrollaban debido a contradicciones internas en las sociedades. Esto implicaba que en toda explicación del cambio cultural el énfasis mayor debía estar en el desarrollo de la sociedad. La serie tradicional de eras tecnológicas se reemplazaba por una secuencia lineal de estadios sociales, cada uno de los cuales se caracterizaba por determinadas fuerzas productivas, relaciones de producción e ideología. A estos estadios se los denominaba sociedad preclánica, sociedad de clanes (...) y sociedad de clases (...). La inmigración quedó descartada como forma de explicar cambios en los registros arqueológicos, y se ponía todo el acento en el desarrollo paralelo e independiente”.²⁵

Esta “teoría de las etapas” –esto es, de la evolución independiente a través de una serie de etapas de desarrollo socialmente determinadas– no derivó del trabajo de campo ni de la evidencia material: se impuso desde arriba. En este

²⁴ Trigger, 1980, p. 47.

²⁵ Trigger, 1980, p. 93.

punto, hace falta una breve digresión, debido al hecho de que Childe tomó equivocadamente por marxismo la ideología stalinista oficial de la Unión Soviética en los 30, y toda discusión sobre el marxismo de Childe desde entonces parece haber compartido este error. No me he topado con un solo paper académico de o sobre Childe que rechazara de manera explícita esta igualación entre las teorías de Marx y la ideología de Stalin. Lo cual constituye un agujero negro de malentendidos para cualquier evaluación correcta del supuesto marxismo de Childe.

El marxismo puede definirse como la teoría y la práctica de la revolución de la clase trabajadora internacional.²⁶ El proletariado es la primera clase subordinada de la historia que tiene un interés universal en la emancipación humana en general –lo que es un reflejo de su carácter distintivo de fuerza de trabajo colectiva de una economía global integrada–, de modo tal que sólo puede controlar la economía, transformar la sociedad y emanciparse actuando de manera colectiva y global. La lucha de clases del proletariado, preñada de potencial revolucionario, es por ende seminal al marxismo y a su intento de comprender la historia humana *en su conjunto* mediante el análisis científico.²⁷ La auténtica tradición marxista está inextricablemente ligada a la lucha de clase de los trabajadores. No puede adoptarse ni ser utilizada por otras fuerzas sociales sin dejar de ser marxismo.

El Partido Bolchevique de 1917, enraizado en una clase obrera revolucionaria, era una organización claramente marxista. Ese partido y la democracia obrera que ayudó a construir fueron destruidos durante los años 20.²⁸ El proceso culminó en una contrarrevolución sangrienta en la medida en que una nueva clase dominante de burócratas del partido-estado se elevaron por encima de la sociedad y, a un enorme costo para el pueblo de la Unión Soviética, se enzarzó en una competencia entre grandes potencias construyendo una economía capitalista de Estado basada en la industria pesada y de armamentos. El nuevo régimen basó su legitimidad sobre la revolución de 1917, y su propaganda venía, por ende, envuelta en jerga pseudo marxista. Pero la ideología stalinista tiene tan poco en común con el marxismo revolucionario de Lenin y León Trotsky como los comités de *apparatchiks* y matones que gobernaban la URSS en los 30 con los consejos obreros de 1917.

Lo poderoso de la revolución de 1917 se reflejaba en las fuerzas que debieron ponerse en marcha para destruirla: sólo la más brutal, represiva y totalitaria de las dictaduras podía alcanzar para arrasarse la democracia revolucionaria. Esto impactó en todos los planos de la sociedad soviética, y también en la arqueología como disciplina académica. Tras abandonar el internacionalismo revolucionario, Stalin decía estar construyendo el “socialismo en un solo país”. Suprimida la democracia obrera, esta tarea estaría a cargo de una maquinaria

²⁶ Para un resumen brillante de los argumentos, véase Molyneux, 1985.

²⁷ El contraste es con ideologías políticas y teorías académicas que reflejan los intereses particulares de otras clases, no proletarias y no universales, del pasado y del presente.

²⁸ Para un análisis detallado y excelente de la degeneración y finalmente destrucción de la revolución rusa, véase Haynes, 2002.

partidaria todopoderosa. En tanto mero procedimiento burocrático, el (inevitable) avance al socialismo iba a ser ordenado y previsible. En consonancia con esto, a los arqueólogos soviéticos se les ordenó interpretar la prehistoria como una sucesión preestablecida de etapas y, lo que es más, como sucesión que podía tener lugar en una sociedad independientemente –en verdad, en completo aislamiento– del resto del mundo. Defender el concepto de difusión (el que se compartieran ideas entre las sociedades como mecanismo vital en la evolución social) se consideraba reaccionario. Los disidentes se arriesgaban a enfrentar la cárcel o algo peor (y es una mancha indeleble para Childe que nunca haya protestado contra la persecución de académicos colegas en la URSS).

El stalinismo interpretaba el pasado como sucesión mecánica de etapas pre-determinadas de desarrollo social independiente. El difusionismo cultural moderado que defendía Childe, con su implicación de fertilización cruzada cultural a nivel global e historias políticas distintivas, resultaba por ende anátoma no sólo para los fascistas –que poblaban el pasado con razas dominantes conquistadoras– sino también para los stalinistas a los que Childe veía como mentores. La visión de Childe estaba mucho más cercana en espíritu a las teorías de Trotsky de “desarrollo desigual y combinado” y de “revolución permanente” que a los dogmas rígidos del “socialismo en un solo país”. Su postura política pública y sus brillantes elaboraciones académicas estaban en aguda contradicción. Esta contradicción se acentuó a lo largo del resto de su vida, y probablemente cumplió su papel en el fin de ésta.

EL CRECIMIENTO DEL CONOCIMIENTO

Historia de la cultura, evolución social, difusión de ideas: tales eran los ladrillos básicos de la percepción del pasado histórico en Childe. En la tercera etapa de su carrera, al reflexionar sobre la decadencia de la civilización burguesa hacia la barbarie del fascismo, la guerra mundial y la bomba atómica, pasó a preocuparse por el “progreso”: qué era, cómo aparecía, si era o no inevitable.²⁹

El progreso puede definirse como la acumulación de conocimiento efectivo que posibilita un mejor control sobre la naturaleza, un aumento de la productividad del trabajo y una mayor provisión de recursos económicos disponibles para satisfacer las necesidades humanas. Dado que Childe rechazaba la idea de una naturaleza humana fija y de leyes universales del desarrollo social que pudieran dar origen a un impulso permanente hacia el progreso en el sentido en que lo acabamos de definir, se vio obligado a negar la inevitabilidad del progreso. A lo largo de cientos de miles de años, por ejemplo, los habitantes europeos de la Edad de Piedra no hicieron “progreso” alguno visible, y usaron las mismas herramientas de simple pedernal en todo ese tiempo. En época

²⁹ Obras importantes de este período incluyen *History* (1947), *Social Evolution* (1951) y *The Prehistory of European Society* (1958).

tan tardía como la Edad Media, la experiencia humana estaba dominada por la continuidad más que por el cambio. Un campesino europeo del siglo XV podía vivir toda su vida sin conocer ninguna innovación significativa en su utillaje agrícola o doméstico. Es sólo el capitalismo es que establece el cambio como norma, según un famoso pasaje de Marx en el Manifiesto Comunista: “La burguesía no puede existir sin revolucionar de manera incesante los instrumentos de producción, y por ende las relaciones de producción, y con ellas todas las relaciones de la sociedad. *La conservación de las viejas formas de producción sin alteración era, por el contrario, la primera condición de existencia de todas las clases anteriores.* Una revolución constante en la producción, una conmoción ininterrumpida de todas las condiciones sociales, una inquietud y una agitación permanente distinguen a la época burguesa de todas las anteriores. Las relaciones inertes y anquilosadas del pasado, con todo su séquito de creencias viejas y venerables, se derrumban; las nuevas se hacen viejas antes de haber podido osificarse. Todo lo sólido se desvanece en el aire, todo lo sagrado es profanado, y los hombres se ven finalmente obligados a enfrentar serenamente las condiciones reales de su vida y sus relaciones con los demás”.³⁰

El progreso en las sociedades precapitalistas, por tanto, era accidental, contingente y dependiente de eventos excepcionales, y resultaba frecuentemente obstaculizado por “contradicciones internas y externas”. Pero había tenido lugar, y esto era para Childe una cuestión de importancia suprema, tanto en la explicación del surgimiento de la civilización europea como, más en general, en la evaluación de la historia y de las perspectivas de la humanidad en su conjunto.

En su convicción sobre la deseabilidad, la posibilidad y realidad del progreso, Childe era un hombre de la Ilustración, como lo había sido Marx. Hacía una condena devastadora de las clases dominantes que bloqueaban el progreso mediante el derroche de recursos en la guerra, la religión, los monumentos y el lujo. Las grandes luchas dinásticas hacia el fin de la Edad de Bronce, de las cuales la guerra de Troya que cantó Homero es el ejemplo legendario, derrochaban recursos acumulados de la humanidad. Los zigurat de Mesopotamia, las tumbas (pirámides) de Egipto y los monumentos megalíticos del Neolítico y de la Edad de Bronce en Europa eran ejemplos del prodigioso derroche al servicio de falsas ideologías, sin contribuir en nada a la evolución social. Llenar las tumbas con tesoros espléndidos, como el caso de la del faraón egipcio Tutankamón, era un despliegue de consumo ostentoso e inútil que privaba de recursos a la actividad productiva.

El progreso, por el contrario, estaba supeditado a la “consciencia verdadera” o “conocimiento”, que, en tanto se correspondía con la realidad externa, era una guía eficaz para la acción humana. Lo que es más, constituía el verdadero sujeto de la arqueología, porque los resultados del conocimiento se veían directamente representados en las estructuras y artefactos en los que estaba plasmado. En cambio, la magia y la religión, como no tenían realidad y no estaban

³⁰ Marx, 1973, pp. 70-71, subrayado por mí.

limitadas por las exigencias de la práctica, conformaban mundos de pensamiento demasiado oscuros y variables como para poder ser reconstruidos sólo con restos arqueológicos. En todo caso, resultaban efímeros, callejones sin salida culturales. Lo que importaba era el conocimiento, y daba la casualidad de que era esto lo que la arqueología estaba en mejores condiciones de estudiar.

Este argumento de Childe de que el progreso era acumulación de conocimiento y de que el verdadero conocimiento era siempre práctico estaba ligado a una tercera observación: que la separación de teoría y práctica, de mente y materia, de saber y trabajo, era un obstáculo para el progreso. “La magia es una manera de hacer que la gente crea que va a conseguir lo que quiere”, decía, “mientras que la religión es un sistema para convencerla de que debe querer lo que tiene”.³¹ Más que eso, eran elucubraciones de gobernantes y sacerdotes que estaban separadas de, y despreciaban a, el trabajo práctico: “La relegación de los trabajadores manuales a las clases bajas los excluía de la alfabetización y aislaba las ciencias puras de los escribas egipcios y sumerios de las ciencias aplicadas de mineros, fundidores y alfareros. El saber artesanal no podía registrarse por escrito sino que se transmitía por la enseñanza y el ejemplo. Es por eso que siguió siendo empírico y particular, a la vez que la ciencia erudita no se fecundaba con la experiencia obtenida en la práctica del taller”.³²

Muy diferente era el lugar del trabajador en el mundo social menos estricto de la Edad de Bronce europea. Aquí los trabajadores metalúrgicos “no estaban atados a un patrón individual, ni siquiera a una sola sociedad tribal”. Esto implicaba que se requerían regularmente sus servicios, que gozaban de un status alto y que tenían libertad para compartir ideas e innovar: “Un mercado de este tipo ofrecía un gran incentivo a la originalidad de los productores. Al mismo tiempo, su misma condición de itinerantes y sus contactos comerciales en zonas remotas debían fecundar su ingenio. Se reunían en las fronteras de sus territorios colegas que trabajaban para satisfacer gustos divergentes de otras sociedades, quizá empleando minerales o metales de composición diferente. Entre los objetos que elaboraban veían productos de escuelas lejanas de trabajo en metal, que comparaban con otros más familiares. De esta manera, la estructura peculiar de la industria europea del bronce estimulaba una comunión de experiencias de distintos entornos y de tradiciones surgidas de gustos populares diferentes. Como resultado de esto, los trabajadores del bronce en Europa desplegaron un nivel excepcional de inventiva e ingenio”.³³

La imagen de Childe de artesanos creadores, relativamente libres del control de reyes, sacerdotes y burócratas y portadores-constructores del depósito de conocimiento acumulado de la humanidad es muy fuerte, y se volvió central en su comprensión del surgimiento de una civilización europea con rasgos propios. Defendió la existencia de un hilo vital de continuidad que enlazaba los herreros itinerantes de la Edad de Bronce con los científicos del

³¹ Childe, 1947, p. 37.

³² Childe, 1958a, p. 96.

³³ Childe, 1958a, pp. 169-170.

Renacimiento: “Los metecos de Atenas, los jornaleros itinerantes de la Edad Media y los artesanos sindicalistas migratorios del siglo XIX son los descendientes de los itinerantes que acabo de describir. Pero también lo fueron los filósofos y sofistas de la Grecia clásica, los académicos viajeros de la Edad Media y los científicos que desde los días de Galileo y Newton hasta 1945 intercambiaban información e ideas libremente a través de publicaciones, de correspondencia, de visitas, más allá de las fronteras políticas”.³⁴

Aquí está presente la idea de difusión, la correa de transmisión vital del progreso y del conocimiento hecha carne y hueso. Aquí hay también un punto de vista marxista que ubica la inteligencia y las habilidades del trabajador en el centro de la historia humana. El socialista gremial de 1917 todavía estaba bien vivo dentro del “camarada de ruta” de la Guerra Fría. El derrotero de Childe a fines de los 40 y comienzos de los 50, como el de otros intelectuales occidentales influenciados por el marxismo, indudablemente se alejó de los estériles dogmas stalinistas. Su obra, como la de Christopher Hill, Edward Thompson y Geoffrey de Ste.Croix, anticipaba la “ruptura” que habría de sobrevenir después de 1956 con la formación de la Nueva Izquierda. Es sabido que Childe, en su insatisfacción con la ortodoxia soviética, estuvo releyendo a Marx en esa época, lo que parece reflejado en el humanismo y la originalidad de sus investigaciones posteriores. A pesar de ello, la comprensión de Childe del marxismo siguió siendo unilateral, y sus interpretaciones de la prehistoria y de la Antigüedad, esencialmente mecánicas. Para aportar a la obra de toda la vida de Childe, debemos ser claros respecto de estas limitaciones.

¿MARXISMO SIN LUCHA DE CLASES?

Gordon Childe había trazado el mapa de las culturas de la Europa prehistórica, las integró en un esquema de evolución social, trazó las líneas de comunicación e interacción que las constituían y ubicó en la *longue durée* de las eras Neolítica, de Bronce y de Hierro la acumulación progresiva de conocimiento y productividad que sustentó el surgimiento de la civilización. Su visión del pasado implicaba una crítica concienzuda de diversas concepciones más estrechas, más parciales y a veces teñidas ideológicamente.

Los difusionistas extremos habían sostenido que todas las antiguas innovaciones habían provenido de las ciudades de Oriente, del mismo modo en que creían que todo lo progresivo de su propio mundo era un presente a la humanidad por parte de los modernos imperios europeos. Childe puso a la luz el conservatismo y el estancamiento de los imperios antiguos, y marcó el contraste con el progreso a saltos posibilitado por las condiciones más libres de la Europa prehistórica.

Los nacionalistas extremos, por su parte, habían buscado evidencia arqueológica de razas dominantes cuya “pureza” garantizara “superioridad”. Childe sepultó esas fantasías bajo una montaña de evidencias de que las sociedades

³⁴ Childe, 1958a, p. 173.

prehistóricas habían languidecido si se hallaban aisladas, pero florecían cuando interactuaban y se mezclaban con otras.

Los evolucionistas extremos habían imaginado un mundo de sociedades separadas, cada una evolucionando de manera independiente en base a líneas similares y avanzando a través de una sucesión de “etapas” predeterminadas del desarrollo social. La visión de Childe, en cambio, era mucho más histórica y rica, en la que cada sociedad tenía características propias, con un desarrollo oscilante, a veces de avance, a veces de estancamiento e incluso retroceso, pero siempre parte de una corriente de evolución humana que, en general y a largo plazo, constituía una acumulación progresiva de conocimiento y de recursos.

Las teorías de Childe también aportan una alternativa fuerte al hoy en boga “post procesualismo” (la versión arqueológica del posmodernismo). En la prehistoria post procesualista, los seres humanos parecen boyar en un vacío socioeconómico, totalmente desentendidos de cuestiones tan prosaicas como el trabajo, la producción y la provisión de alimento, concentrándose en cambio en aspectos tan esenciales como investir al paisaje de “significación”, construir “identidades” alternativas y trabar múltiples “negociaciones”.

Todo esto hace de Childe probablemente el arqueólogo más importante de la historia de la disciplina. Pero no lo convierte en marxista. Está fuera de duda que fue un socialista profundamente comprometido y muy influenciado por el marxismo. Pero a su obra le sigue faltando un desarrollo y una revisión sustanciales. Esto es obvio, por empezar, en el sentido empírico: 50 años de nuevos datos han socavado muchas de las conclusiones de Childe. El ejemplo más importante es el desarrollo del uso del carbono 14 para establecer fechas –método que apenas empezaba al fin de la carrera de Childe–, que, al aportar una cronología para la Europa prehistórica independiente de las listas de reyes de Mesopotamia y Egipto, demostró, entre otras cosas, que el flujo de ideas de este a oeste que postulaba Childe era muchas veces incorrecto. Se sabe ahora que los monumentos megalíticos del noroeste de Europa, por ejemplo, son anteriores a los del este del Mediterráneo.

De todos modos, no es difícil separar los cambios en el conjunto de datos arqueológicos de las teorías que se elaboran para organizar esos datos. Buena parte del marco teórico de Childe –historia de la cultura, evolución social, materialismo, difusión, acumulación de conocimiento– aún sigue en pie. Y fue esto lo que él consideraba como de valor potencialmente más duradero: “Los aportes más originales y útiles que puedo haber hecho a la prehistoria no son, ciertamente, datos nuevos rescatados por brillantes excavaciones o por la investigación paciente en cajas polvorientas de museos, como tampoco esquemas cronológicos sólidos o nuevas definiciones de culturas, sino en todo caso conceptos de interpretación y métodos explicativos”.³⁵

El problema es que este marco no equivale a un panorama coherente y comprensivo del pasado prehistórico y de la Antigüedad. El marco es esencialmente estático. Faltan los motores de la historia.

³⁵ Childe, 1958b, p. 69.

En 1949 Childe remitió a la revista *Antiquity* un breve artículo titulado “Una defensa de la prehistoria”, en el que ofrecía una explicación resumida de su enfoque marxista.³⁶ Comienza diciendo que la explicación marxista “es determinista en la medida en que asume que el proceso histórico no es una mera sucesión de acontecimientos inexplicables o milagrosos, sino que todos los elementos que lo componen están interrelacionados y forman un patrón inteligible. Pero las relaciones no se conciben de manera mecánica. El proceso no es repetitivo ni predeterminado, como lo son las operaciones de una máquina, que, por compleja que sea, hace aquello para lo que fue construida y nada más. No obstante, ese proceso genera una pauta o modelo, y las partes incompletas deben estar en consonancia con lo que ya está ahí, aunque pueda haber diversas combinaciones que completen ese modelo”. Luego destacaba “la verdad obvia de que los hombres no pueden sobrevivir si no comen”, de modo que “es de esperar que la forma en que la gente se gana el sustento ‘determine’ a largo plazo sus creencias e instituciones”. En consecuencia, “los marxistas se han esforzado por mostrar que en cualquier entorno dado, con una dotación particular de herramientas y conocimiento, una forma de organización asegura la explotación más eficiente y sin obstáculos, mientras que cualquier otra es probable que perturbe la producción o incluso la detenga. Y en general sólo un *tipo* de ideología –instituciones, creencias, ideales– ayudará a que esa organización funcione bien (...) No es el individuo humano el que debe ‘adaptarse a su entorno’ a fin de ‘sobrevivir’, como se ve obligado a hacerlo un conejo o una rata. Es la sociedad la que debe adaptarse, y esta adaptación (...) es lo que se denomina cultura”.

Explica luego que, como el medio ambiente está sujeto a cambios, y debido a que el conocimiento se acumula y las técnicas de producción mejoran, “la organización social, a su vez, debe adaptarse a cada avance, y la reorganización debe apoyarse y sancionarse por innovaciones apropiadas en la conducta y las creencias instituidas”. El resultado era una sucesión evolutiva de etapas económicas, sociales y culturales: “La arqueología de hoy puede demostrar que la serie lógica –salvajismo, barbarie, civilización– se corresponde con una sucesión temporal, siempre que los criterios sean las formas en que las sociedades que se busca clasificar logran sobrevivir. De hecho, al principio, a lo largo de la primera Edad de Piedra, todas las sociedades vivían sólo de recolectar o atrapar el alimento salvaje tal como la naturaleza lo ofrecía. Más tarde, en el Neolítico, algunas sociedades comenzaron a producir alimento mediante el cultivo de plantas comestibles o la cría de animales, o una combinación de ambas, pero todavía sin una clara división del trabajo y sin depender del comercio ‘foráneo’ para cubrir sus necesidades vitales. Finalmente, algunas comunidades agrícolas empezaron a producir un exce-

³⁶ No se publicó hasta 1979 (en *Antiquity*, volumen 53, número 208). El artículo se había escrito en respuesta a otro aparecido en esa revista, que, según Childe, tergiversaba su punto de vista. Pero el editor de *Antiquity* “no encontró espacio para publicarlo”. *Antiquity* era (y es) una revista de peso. Childe era un profesor de fama internacional, y su artículo tenía tres páginas de extensión. No era sólo en la URSS que se censuraba la obra de los disidentes.

dente de alimento suficiente como para mantener especialistas que se dedicaran a la industria secundaria, el comercio o la organización de la cooperación social”.

Childe reconocía que este esquema era “muy abstracto” y que en relación con la evidencia arqueológica de las sociedades prehistóricas “la aplicación de estos principios es más difícil de lo que parece”. Pero no pudo aportar mucho en el plano teórico respecto del problema de analizar formaciones sociales específicas en el contexto del esquema evolutivo general. Incluso el concepto clave de difusión sólo se mencionaba al final del artículo y como de pasada (“ningún marxista puede negar la importancia de la difusión”).

Lo más curioso de todo, para una exposición supuestamente marxista, es la oración final: “De modo que la prehistoria puede ser en el sentido marxista, después de todo, la historia del pensamiento que, según Collingwood, toda historia debe ser”. Y Collingwood en verdad decía eso.³⁷ Marx, en cambio, había planteado que “la historia de todas las sociedades existentes hasta nuestros días es la historia de la lucha de clases”.³⁸ No existe en todo el artículo de Childe referencia alguna a los conceptos de clase, explotación de clases o lucha de clases. Y esta ausencia –como observara, entre otros, Christopher Hill– es propia de la obra de Childe en general.³⁹ Incluso cuando empleaba el término “revolución”, no era la lucha de clases lo que tenía en mente. Sus revoluciones urbana y neolítica eran los equivalentes en la prehistoria y la Antigüedad de la Revolución Industrial: una rápida acumulación de conocimiento y productividad que posibilita un salto adelante relativamente repentino a un estadio más alto del desarrollo social. Este sentido del término es muy distinto del que tiene cuando hablamos de las revoluciones inglesa, francesa o rusa, que fueron puntos culminantes de la lucha de clases.

No hay mucho en el esquema evolutivo de Childe que sea muy distinto del funcionalismo vigente en los 50 en la sociología anglosajona, y luego, como “procesualismo”, en la arqueología de los años 60. Estas teorías describían a las sociedades humanas como adaptaciones lógicas y socialmente integradas a sistemas productivos, tecnologías y entornos específicos. Equivalían a una visión de la historia tan deshumanizada y determinista como la de la ideología stalinista. Lo que falta –en el funcionalismo, en el stalinismo, en la obra de Childe– son los motores gemelos de la historia: la competencia dentro de las clases dominantes y la lucha entre las clases dominante y subordinada. Veamos algunos ejemplos.

HACIA UNA ARQUEOLOGÍA MARXISTA

La construcción de proto-Estados, reinos e imperios no fue simplemente el resultado de la acumulación de conocimiento y excedente, como implica en

³⁷ La principal obra de Collingwood sobre filosofía de la historia es *The Idea of History* (1946).

³⁸ Marx, 1973, p. 67.

³⁹ McNairn, 1980, p. 125.

buena medida la concepción de Childe de revolución urbana. El hecho mismo de la acumulación debe explicarse en términos de competencia entre elites rivales. La protección de la tierra, del trabajo y de los recursos, en un mundo dividido en comunidades y sistemas políticos separados, exige organización militar, conduce a choques militares y estimula una acumulación específicamente militar. Se ha llamado a esto "acumulación política", en contraste con la "acumulación de capital" característica de las sociedades capitalistas.

Esta dinámica, una vez operativa, se autosostiene. Cada elite militar se ve obligada a continuar la acumulación militar a fin de evitar su derrota a manos de elites rivales. Un resultado de esto fue el choque de los imperios del este del Mediterráneo en la Era de Bronce tardía, en la que una carrera armamentística en cámara lenta y una serie de guerras en gran escala agotaron a la sociedad y condujeron directamente al colapso de la Grecia micénica, el imperio hitita y la Nueva Monarquía en Egipto en el siglo XII AC.

Nuevas evidencias nos permiten trazar los orígenes de este proceso y observar el ascenso de elites militares en el contexto de conflictos por la tierra y los recursos entre comunidades agrícolas neolíticas que surgían del "comunismo primitivo" de cazadores y recolectores. El control comunal sobre la tierra cultivada y el ganado, así como sobre los excedentes que aparecían en ciertos puntos del ciclo agrario, requería de preparación militar y de que se diera prioridad a especialistas militares. Sabemos que a mediados del cuarto milenio antes de Cristo, en algunas zonas de la Gran Bretaña neolítica temprana, hubo guerras organizadas en gran escala (numerosos esqueletos con evidencias de muerte por flechazos y golpes en la cabeza); se usaban cercados en las cumbres para encuentros, ceremonias y como defensa (caminos pavimentados), y se construían tumbas monumentales para entierros de personas de alto rango (túmulos). Todo esto parece representar el desarrollo simultáneo de guerras, organización comunal y alguna clase de elite.

A medida que surgían las elites de la masa social, se desarrollaban tensiones y los proto-Estados que controlaban esas elites se empleaban no sólo en la competencia con elites rivales, sino también para mediar en tensiones internas, para legitimar el orden social y, cuando era necesario, para suprimir la oposición desde abajo. Childe parece haber considerado la magia, la religión y la ideología como aberraciones, formas de patología social que bloqueaban el proceso "normal" de la evolución social en un sentido progresivo. Pero la lucha de clases permea *todos* los aspectos de la vida de las sociedades de clase, y la magia, la religión y la ideología, en tanto sistemas de mistificación y control, son por ende características esenciales del poder de elite. No le faltaba razón a Childe en considerar los megalitos y las pirámides como monumentos a la superchería. Pero su tratamiento analítico de éstos era superficial, porque la lucha de clases de los que eran expresión está casi enteramente ausente en su concepción. En relación con esto, tampoco captó el poder explicativo potencial del uso de los conceptos marxianos de reificación y alienación. Los megalitos y las pirámides son triunfos de la organización social, la sofisticación cultural y la habilidad ingenieril; al mismo tiempo, éstas se con-

vierten en monstruosas caricaturas de sí mismas, en las que el trabajo humano, en vez de ser útil y productivo, se derrocha en la construcción de templos al sol y tumbas para monarcas-deidades.

Incluso el concepto de cultura, tan esencial para la arqueología de Childe, termina quedando, en lo fundamental, sin teorizar. Sus intentos de definirla no son mucho más que listas de características y artefactos arqueológicos. Se nos deja en brumas sobre la relación entre cultura en el sentido arqueológico (conjuntos materiales) y cultura en el sentido sociológico (grupos sociales del pasado). En la medida en que haya una correspondencia de modo que los restos arqueológicos puedan ser interpretados como “historia de la cultura”, nos interesa comprender la dinámica de la formación cultural en cuestión. El conflicto y la contradicción, casi completamente perdidos en Childe en este contexto, son esenciales para esa comprensión. Los pueblos prehistóricos y antiguos se definían a sí mismos –como grupos familiares, clanes de parentesco, tribus, ciudadanos de Atenas, soldados de Roma, seguidores de Cristo, como lo que fuera– en oposición a otros, de los cuales estaban separados por un abismo de clase y sistema político, y con los cuales estaban a veces en conflicto. La gente creaba identidades culturales para definir y legitimar la diferencia, para crear solidaridades y organizaciones sociales y para articular sus demandas y conflictos.

Existe un problema similar con la difusión, otro concepto fundamental en la visión de Childe, pero también en buena medida sin teorizar. Hace una cartografía del movimiento de ideas, y describe su impacto y posterior desarrollo, pero no explica por qué algunas ideas son adoptadas y otras no, ni plantea quién toma tales decisiones y por qué, ni investiga si estas decisiones fueron cuestionadas o representaron un foco de conflicto. Sin una comprensión de la dinámica interna de las diversas formaciones sociales –es decir, de la lucha de clases dentro de ellas– no es posible entender realmente la difusión.

Consideremos por un momento estos temas en relación con la historia del imperio romano. Fue la lucha de clases entre patricios y plebeyos en los siglos V y IV AC –la llamada “lucha de los órdenes”– la que produjo la constitución romana. El compromiso de clase consagrado en esa constitución fue la base del poder de las legiones romanas y de la dinámica del imperialismo romano en los años subsiguientes. Las guerras entre los romanos y sus enemigos –samnitas, cartagineses, griegos, celtas y otros– fortalecieron el carácter militar del Estado y alimentaron la expansión ulterior. Roma evolucionó hacia un sistema de robo con violencia, en el que la guerra y la conquista enriquecían al Estado, a la clase dominante y, hasta cierto punto, a las masas de ciudadanos libres que formaban las legiones. La cultura aristocrática de Roma –el acento casi exclusivo en los logros militares, el culto a dioses de la guerra, las sanguinarias festividades y entretenimientos, el orgulloso sentido de superioridad racial– reflejaba el carácter de la ciudad como sistema de imperialismo militar. Y Roma absorbía las influencias foráneas que eran útiles para este proyecto, a la vez que rechazaba otras como superfluas o subversivas. Las obras de arte griegas eran apreciadas por la elite romana como símbolos de civilización, cultura y “buen gusto”; la democracia griega, en cambio, fue reprimida de manera sangrienta.

Childe no se hacía ilusiones respecto de Roma; odiaba los imperios y las guerras, y entendía que el dominio romano significaba ignorancia y despilfarro. Incluso sugirió que la caída de Roma liberó de sus grilletes a la humanidad y preparó el terreno para nuevos avances. Pero no logró dar forma a una teoría de la historia que pudiera dar cuenta del ascenso y caída de los imperios.

Aunque el trabajo de Childe sobre la prehistoria es claramente materialista y aporta una excelente base sobre la cual construir una comprensión del proceso histórico, nunca vibra con el pulso de la realidad viva de la lucha de clases como lo hacen los trabajos de Geoffrey de Ste. Croix sobre las ciudades-estado griegas, los de Christopher Hill sobre la Revolución Inglesa o los de Edward Thompson sobre la constitución de la clase obrera inglesa.

¿UN SUICIDIO POLÍTICO?

No parece haber registro de contacto alguno entre Childe y las muy pequeñas fuerzas trotskistas en los años 30, 40 y 50. Luchó en soledad para ir más allá de la banalidad de la ideología stalinista. Sus dudas crecieron, pero se las guardó para sí, aferrándose a su lealtad política como a una tabla de salvación de esperanza en un mundo atravesado por el desempleo, el fascismo y la guerra mundial. Pero en 1956 el prisma benéfico a través del cual había mirado a la URSS finalmente estalló en pedazos: primero con el discurso “secreto” de Nikita Jrushev admitiendo los crímenes de Stalin, y luego con el aplastamiento de la revolución obrera en Hungría.

Childe no firmó la carta de condena a la invasión soviética a Hungría publicada en *New Statesman* por algunos prominentes comunistas y procomunistas británicos. Argumentó que sería demasiada satisfacción para enemigos de toda la vida. Pero estaba profundamente desconcertado. Jack Lindsay, un amigo cercano desde la época de Australia, lo describió como “muy golpeado por las revelaciones de Jrushev en 1956”.⁴⁰ El propio Childe le escribió a otro amigo que no podía “juzgar los hechos de Hungría con ecuanimidad”.⁴¹ No obstante, más reveladora aún es la amarga carta que envió a sus colegas arqueólogos soviéticos, en la que los condena por su “metodología chapucera”.⁴² Aunque Childe no lo expresó así, esto era un producto del aislamiento, el dogmatismo y la arrogancia de la arqueología soviética bajo Stalin. Childe, un académico con principios que siempre trabajaba a partir de la evidencia material, ahora que su lealtad política estaba en crisis, dejó fluir su desprecio e irritación acumulados.

Bien merecido se lo tenían. Debido a su rechazo de la ortodoxia stalinista, Childe había sido blanco de homilías despectivas en la URSS. En 1951, el arqueólogo soviético Alexander Mongait había escrito un artículo titulado “La crisis de la arqueología burguesa”, que incluía el siguiente pasaje: “Entre los

⁴⁰ Green, 1981, p. xvii.

⁴¹ Green, 1981, p. 122.

⁴² Klejn, 1994, pp. 94-99.

académicos burgueses no hay sólo enemigos ideológicos. También hay académicos progresistas, amigos de nuestro país, que entienden muy bien la importancia mundial de la academia soviética. Entre esos académicos británicos se encuentra Gordon Childe, que aún no ha logrado superar muchos de los errores de la academia burguesa. Pero comprende que la verdad científica está en el campo socialista, y no se avergüenza de considerarse un alumno de los arqueólogos soviéticos”.⁴³

Los “errores de la academia burguesa” eran, por supuesto, precisamente las ideas que habían aproximado a Childe a la tradición marxista revolucionaria.

Childe se retiró como director del Instituto de Arqueología de Londres en el verano de 1956. Volvió a Sydney en abril del año siguiente. Después de pasar unos meses visitando familiares, colegas y amigos, salió a caminar por las Montañas Azules de Nueva Gales del Sur en la mañana del 19 de octubre de 1957. Nunca regresó: se arrojó de un risco y murió en un punto que estaba a pocos kilómetros de su lugar de nacimiento.

Gordon Childe no se había casado y no tenía hijos. Aunque tenía muchos amigos, siempre había parecido bastante distante, y probablemente haya sufrido mucho de soledad. Temía a la vejez y a la decadencia de sus facultades. Según parece, su vista se había deteriorado. Sin duda, había razones personales para que decidiera terminar con su vida. Pero no eran las únicas.

Muchos de sus puntos de vista se veían atacados, pero parece haberle faltado voluntad para asumir nuevos enfoques, como las técnicas de datación y cuantificación con carbono 14, y emplearlos para resolver contradicciones, crear nuevos ángulos de investigación y responder las críticas. Sentía que la obra de su vida había terminado, y que, si esto era así, no quedaba nada que pudiera ocupar su vejez.

Pero creo que hubo algo más. Vere Gordon Childe había sido socialista durante toda su vida adulta. La lucha contra el imperialismo, el fascismo y la guerra; contra la opresión, la injusticia y las mentiras, lo había sostenido por medio siglo. Ya una vez sus ilusiones políticas habían quedado destruidas, cuando la experiencia del gobierno reformista en Australia antes y e inmediatamente después de la Primera Guerra Mundial. La respuesta del joven activista había sido la amarga crítica representada por *Cómo gobierna el laborismo*. Ahora, una vez más, se habían despedazado sus ilusiones políticas, esta vez por la realidad del dominio stalinista en Europa oriental. Pero el profesor retirado carecía de contacto con las tradiciones socialistas revolucionarias que estaban haciendo surgir a la Nueva Izquierda, y que podrían haberlo sostenido en la crisis. Se encontró a la deriva. Quizá el pasaje más significativo que escribió en su última carta es éste: “He perdido todos mis viejos ideales”.⁴⁴ Quizá, en este sentido, haya sido otra de las muchas víctimas del stalinismo.

⁴³ Klejn, 1994, p. 80.

⁴⁴ Green, 1981, p. 154.

REFERENCIAS

- Childe, Vere Gordon, 1926, *The Aryans* (London).
- Childe, Vere Gordon, 1929, *The Danube in Prehistory* (Oxford University).
- Childe, Vere Gordon, 1933, "Is Prehistory Practical?", *Antiquity*, volumen 7, número 28 (diciembre 1933).
- Childe, Vere Gordon, 1942, *What Happened in History* (Harmondsworth).
- Childe, Vere Gordon, 1947, *History* (London).
- Childe, Vere Gordon, 1957, *The Dawn of European Civilisation* (London), <http://ia301318.us.archive.org/2/items/dawnofeuropenci012430mbp/dawnofeuropenci012430mbp.pdf>
- Childe, Vere Gordon, 1958a, *The Prehistory of European Society* (Harmondsworth).
- Childe, Vere Gordon, 1958b, "Retrospect", *Antiquity*, volumen 32, número 126 (junio 1958).
- Childe, Vere Gordon, 1964, *How Labour Governs: A Study of Workers' Representation in Australia* (Melbourne University), <http://setis.library.usyd.edu.au/ozlit/pdf/p00052.pdf>
- Daniel, Glyn Edmund, 1975, *A Hundred and Fifty Years of Archaeology* (Duckworth).
- Evans, R, 1995, "'Social passion': Vere Gordon Childe in Queensland, 1918-19", en Peter Gathercole, Terry Irving y Gregory Melleuish (editores), *Childe and Australia: Archaeology, Politics and Ideas* (Queensland University).
- Green, Sally, 1981, *Prehistorian: A Biography of V Gordon Childe* (Moonraker).
- Harman, Chris, 1999, *A People's History of the World* (Bookmarks).
- Haynes, Mike, 2002, *Russia: Class and Power, 1917-2000* (Bookmarks).
- Klejn, Leo, 1994, "Childe and Soviet Archaeology: A Romance", en David Harris (editor), *The Archaeology of V Gordon Childe* (University College London).
- Maddock, K, 1995, "Prehistory, Power and Pessimism", en Peter Gathercole, Terry Irving y Gregory Melleuish (ed.), *Childe and Australia: Archaeology, Politics and Ideas* (Queensland University).
- Marx, Karl, 1973, "Manifiesto of the Communist Party", en *The Revolutions of 1848*, (Harmondsworth).
- McNairn, Barbara, 1980, *The Method and Theory of V Gordon Childe* (Edinburgh University).
- Molyneux, John, 1985, *What is the Real Marxist Tradition?* (Bookmarks), www.marxism.dk/arkiv/molyneux/realmarx/index.htm
- Mulvaney, John, 1994, "'Another University Man Gone Wrong': V Gordon Childe, 1892-1922", en David Harris (ed.), *The Archaeology of V Gordon Childe* (University College London).
- Trigger, Bruce, 1980, *Gordon Childe: Revolutions in Archaeology* (Thames and Hudson).

Librería del pensamiento marxista

Gallo Rojo

Distribución en toda Latinoamérica

Chile 1362 - Bs. As., Argentina - Tel. 0114-381-2718 - gallorojo@yahoo.com.ar



